

nario una retirada en la legalidad, y guardaba cierta circunspeccion con la Asamblea. Laclos insistió, venció el pueblo, y á medianoche se deshizo la reunion, conviniendo en que al dia siguiente se firmaria la peticion en el Campo de Marte.

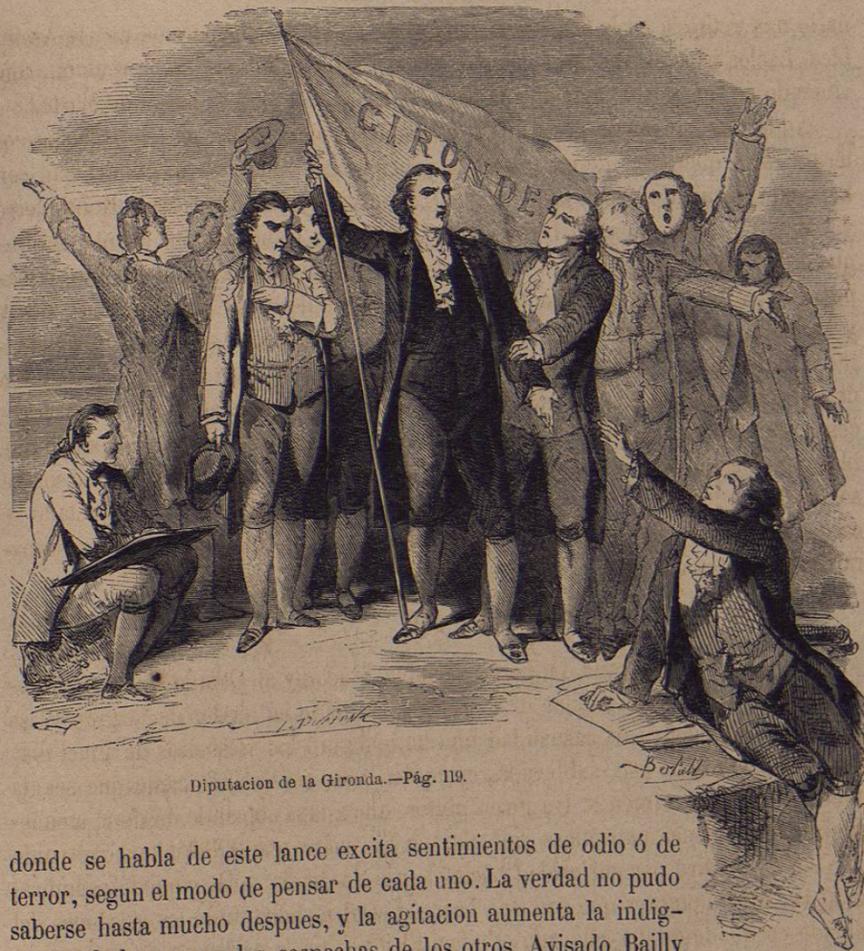
Aquel dia, sin embargo, se pasó en contestaciones entre los clubs, sobre los términos en que habia de redactarse la peticion. Los republicanos negociaban con Lafayette, á quien ofrecian la presidencia de una república americana. Robespierre y Danton, que detestaban á Lafayette, y Laclos, que trabajaba por cuenta del duque de Orleans, contuvieron de comun acuerdo el impulso dado por los Franciscanos, sujetos enteramente á Danton. Atenta la Asamblea al peligro, vigilante Bailly y Lafayette resuelto, pudieron contener el movimiento. La Asamblea hizo comparecer en la barra el 16 al ayuntamiento y á los ministros para que le respondiesen de la tranquilidad pública, redactando al mismo tiempo una alocucion á los franceses, excitándoles á unirse todos bajo la bandera constitucional. Bailly mandó publicar por la noche un bando contra los agitadores, y los jacobinos indecisos se sometieron á los decretos de la Asamblea. Los jefes del movimiento proyectado se escondieron en el momento crítico del combate, y se pasó toda la noche en preparativos militares contra las reuniones que se temian al dia siguiente.

XI

El 17, mty de mañana, empezó el pueblo á acudir al Campo de Marte, aunque sin jefes, rodeando el altar de la patria, levantado en medio de la gran plaza de la Confederacion. Una casualidad funesta inauguró los asesinatos de aquel dia. Cuando la multitud está sublevada, cualquier cosa, por insignificante que sea, la induce á cometer crímenes. Un jóven pintor, que estaba copiando desde el amanecer las inscripciones patrióticas grabadas en las cuatro caras del altar, oyó ruido bajo sus piés. Miró por curiosidad hácia el sitio de donde salia, y quedó asombrado al ver unos hombres que con una barrena estaban taladrando los escalones del tablado en donde estaba colocado el altar. El jóven fué á dar aviso de esta novedad al primer cuerpo de guardia; acuden inmediatamente unos cuantos soldados de aquél, levantan los escalones y se hallan con dos inválidos que se habian metido por la noche debajo del altar, sin otro objeto, segun ellos mismos dijeron, que una curiosidad obscena y pueril. Espárcese en seguida el rumor de que han querido minar el altar de la patria para hacer saltar al pueblo en la explosion, que se ha hallado un barril de pólvora al lado de los conspiradores, y que éstos son unos inválidos conocidos por aristócratas furiosos, á quienes se ha sorprendido *infraganti*. Añádese que los supuestos criminales no tan sólo han confesado su fatal intento, sino que han declarado la cantidad que debian percibir en premio de su maldad. La turba popular, llena de ira, rodea el cuerpo de guardia donde se ha interrogado á los inválidos, y en cuanto salen de allí para ser trasladados á la casa de la ciudad, se echa sobre ellos, los arranca de manos de los soldados que los conducian, y despues de cortarles las cabezas, las coloca en las puntas de unas picas y las pasea por todo Paris, hasta las inmediaciones del Palacio Real.

XII

La noticia de estos asesinatos, comentada de mil distintos modos, se esparce por toda la ciudad y llega á oídos de la Asamblea, y en los diferentes puntos en



Diputacion de la Gironda.—Pág. 119.

donde se habla de este lance excita sentimientos de odio ó de terror, segun el modo de pensar de cada uno. La verdad no pudo saberse hasta mucho despues, y la agitacion aumenta la indignacion de los unos y las sospechas de los otros. Avisado Bailly de lo ocurrido, envió un batallon y tres comisionados al Campo de Marte. Otros comisionados del ayuntamiento recorrieron los barrios de la capital, leyendo al pueblo la proclama de sus magistrados y la alocucion de la Asamblea nacional. El terreno de la Bastilla estaba ocupado por la guardia nacional y por las sociedades patrióticas, que debian trasladarse desde allí al Campo de Marte. Danton, Camilo Desmoulins, Freron, Brissot y los principales agitadores del pueblo habian desaparecido, segun unos, para arreglar el plan de la insurreccion en casa de Legendre, segun otros, por declinar la responsabilidad que podia caer sobre ellos en semejante dia. Más tarde se valió Robespierre de la primera version para desahogar su odio contra Danton, á quien Saint-Just dijo en el acta de acusacion: «Mirabeau, que meditaba un cambio de dinastía, conoció lo que valia tu audacia, y se aprovechó de ella. Tú te separaste de las leyes y abandonaste sus principios severos, sin que se volviese á oír hablar de tí hasta los asesinatos del Campo de Marte. Tú apoyaste aquella falsa medida del pueblo y la proposicion de aquella ley, que no era más que un pretexto para desplegar la bandera encarnada y ensayar la tiranía. Los patriotas que no estaban iniciados en el complot habian combatido tu pérfida opinion, y tú fuiste nombrado, en union de Brissot, para redactar la peticion. Los dos os escapásteis del furor de Lafayette, que hizo asesinar aquel dia diez

mil patriotas. Brissot permaneció tranquilo en Paris, y tú fuiste á pasar una temporada divertida en Arcis-sur-Aube, á pesar de ser uno de los autores de la petición, en tanto que los que la habian firmado estaban cargados de cadenas ó habian sido degollados. Dedúcese de esto que la tiranía os estaba reconocida á Brissot y á tí, puesto que no érais para ella objetos de odio».

Camilo Desmoulins justifica tambien la ausencia de Danton, la de Freron y la suya, contando que Danton habia huido de la proscripción y del asesinato, y se habia refugiado la noche anterior en casa de su suegro en Fontenay, donde estaba cercado por una nube de espías de Lafayette; que Freron, al pasar por el Puente Nuevo, se habia visto asaltado, arrojado al suelo y pisoteado por catorce bandidos pagados al intento, y que el mismo Camilo, á quien tambien debian asesinar, se habia salvado porque no habian dado bien sus señas á los asesinos. La historia no ha creído estos pretendidos asesinatos mandados por Lafayette, y Camilo, invisible de día, compareció por la noche en los Jacobinos.

XIII

Empezaba entre tanto la afluencia del gentío por todas las avenidas del Campo de Marte, y aunque se veía una gran agitación entre aquella multitud inmensa, notábase tambien que era inofensiva. Lafayette habia puesto todos los batallones de la guardia nacional sobre las armas, y uno de los destacamentos, que habia llegado por la mañana al Campo de Marte acompañado de unas cuantas piezas de artillería, se retiraba por los malecones. No se queria provocar al pueblo haciendo inútil ostentación de la fuerza armada. A mediodía, los hombres que estaban reunidos alrededor del altar de la patria, viendo que no comparecian los comisionados de los Jacobinos que habian prometido llevar allí la petición para que la firmase el pueblo, nombraron cuatro comisionados elegidos entre ellos para que redactasen otra. Uno de estos comisionados se puso á redactarla, y todo el mundo le rodeó. Hé aquí lo más notable de aquella nueva petición:

«Sobre el altar de la patria, el 15 de Julio del año III. ¡Representantes de la nación! tocáis ya al término de vuestros trabajos. Se está cometiendo un gran crimen; Luis huye abandonando indignamente su puesto, por cuya causa el imperio se halla muy expuesto á caer en la anarquía. Es detenido y conducido á Paris, donde se pide que sea juzgado. Vosotros declarais, sin embargo, que continuará siendo rey... Este no es el voto del pueblo, y el decreto es nulo. Este decreto os lo han arrancado esos doscientos noventa y dos aristócratas, que habian declarado ya anteriormente que no querian tener voto ni mezclarse en nada de cuanto tratase la Asamblea nacional. La nulidad del decreto consiste en que es contrario al voto del pueblo, que es vuestro soberano. Revocadle. El rey ha abdicado por su crimen. Recibid su abdicación, convocad un nuevo poder constituyente, señalad el culpado y organizad otro poder ejecutivo.»

Esta petición se colocó sobre el altar de la patria, y en los cuatro ángulos de éste se veían una porción de cuadernillos de papel, en los que se estamparon seis mil firmas.

Consérvase aún hoy día en el archivo del ayuntamiento esta petición, en la cual se descubre á las claras la mano del pueblo. Puede decirse que es la medalla

de la revolución, acuñada con el metal derretido de la agitación popular. Vense en toda ella multitud de nombres siniestros que salen por primera vez de la oscuridad. Estos nombres son una especie de jeroglíficos del tiempo. Los actos de ciertos hombres hoy famosos, y cuyos nombres eran entonces enteramente insignificantes, dan á sus firmas un significado retrospectivo. La vista observa con curiosidad aquellos caracteres, que parece contienen el misterio de una vida entera y el horror de toda una época. Aquí se ve la firma de Chaumette, *entonces estudiante de medicina, habitante en la calle de Mazarino, n.º 9*. Allí está la de Maillard, director de los asesinatos de Setiembre. Más adelante está la firma estrecha y prolongada de Hebert, titulado despues el *Padre Duchesne* ó el *Pueblo iracundo*, firma que tiene la figura de una araña que extiende las patas para hacer presa. Más lejos y por debajo de la de Hebert está la de Hanriot, general del terror. Mucho más abajo está la de Santerre, el último entre todos los nombres célebres de la revolución, bajo uno ú otro aspecto. Las firmas restantes no significan más que la multitud, y en muchas de ellas se distingue que la mano temblaba al escribirlas, bien por efecto del gran desorden que allí reinaba, ó tal vez por una convulsión producida por la ira del momento. Muchas de aquellas manos no sabian escribir, y manifestaron su voluntad anónima formando sobre el papel una especie de círculo y en el centro de éste una cruz. Tambien hay varios nombres de mujeres, y otras varias firmas que se conoce ser de niños, á quienes les han llevado la mano para hacerlas. ¡Pobres inocentes que confesaban la fe de sus padres sin comprenderla, y que firmaban las pasiones del pueblo ántes de saber hablar claro la lengua de los hombres!

XIV

El ayuntamiento no habia sabido hasta las dos de la tarde los asesinatos cometidos en el Campo de Marte y los insultos que se habian prodigado á la guardia nacional enviada allí para disipar la reunión. Al mismo Lafayette, que iba guiando una de las primeras columnas que se presentaron, le habian alcanzado algunas pedradas, salidas del seno de aquella multitud. Tambien se dijo entonces que un hombre vestido de guardia nacional le habia tirado un pistoletazo; que la escolta del general se habia apoderado de este hombre y se lo habia presentado, y que él le habia perdonado generosamente, soltándole en seguida. Este rumor popular aumentó el entusiasmo que por Lafayette tenia la guardia nacional, que con este hecho, que tantos visos tenia de heroico, creyó ver á su cabeza uno de los famosos héroes de la Edad Media. Al oír esto Bailly, no vaciló en proclamar la ley marcial, desplegando en seguida la bandera encarnada, última razón contra la sedición. Alarmados los sediciosos por su parte á la vista de aquella bandera colocada en las ventanas de la casa de la ciudad, enviaron allí doce comisionados de su seno. Estos comisionados llegaron á la sala de la audiencia atravesando un bosque de bayonetas, y pidieron que se les entregasen tres ciudadanos que habia allí presos. No se les escuchó, porque ya se habia decidido batirlos. El corregidor y el cuerpo municipal, profiriendo palabras amenazadoras, bajan á la plaza, que estaba cubierta de guardias nacionales y de un sinnúmero de habitantes de Paris. Al aspecto de Bailly precedido de la bandera encarnada, un grito unánime de entusiasmo sale de todas partes. Los guardias nacionales levantan espontáneamente sus

armas, y golpean el suelo con las culatas de sus fusiles. Electrizada la fuerza pública por la indignacion contra los clubs, sufría uno de esos estremecimientos nerviosos que atacan á las corporaciones lo mismo que á los individuos. El espíritu público estaba en fermentacion, y el golpe podia partir de un momento á otro.

Lafayette, Bailly y el cuerpo municipal se pusieron inmediatamente en marcha precedidos de la bandera encarnada y seguidos de diez mil hombres de la guardia nacional. Los batallones de granaderos de este ejército de ciudadanos iban de vanguardia. Estos batallones recibían sueldo como los demas del ejército. Un pueblo inmenso seguía, por un movimiento natural, aquella corriente de bayonetas que se dirigía lentamente hácia el Campo de Marte por los malecones y por la calle de Gros-Caillou. En tanto que se efectuaba esta marcha, la otra parte del pueblo, reunida desde por la mañana al lado del altar de la patria, continuaba firmando pacíficamente la peticion. No se les habia ocultado á estos hombres que se haría una ostentacion de fuerzas para imponerles, pero nunca habian llegado á figurarse que estas fuerzas pudiesen hacer uso de sus armas contra ciudadanos indefensos. Su actitud tranquila y legal, unida á la impunidad en que habian quedado cuantas sediciones se habian promovido por espacio de dos años, les hacía creer con fundamento que aquella impunidad sería eterna. En la bandera encarnada no veían sino una ley más que despreciar.

En cuanto llegó Lafayette al glácis exterior del Campo de Marte, dividió su fuerza en tres columnas: la primera desembocó por la avenida de la Escuela militar, y las otras dos por las dos calles que cortan el glácis, á corta distancia una de otra, desde la Escuela militar al Sena. Bailly, Lafayette y el cuerpo municipal iban á la cabeza de la columna del centro, en donde tambien iba la bandera encarnada. Cuatrocientos tambores tocando paso de ataque, y el ruido que hacían una porcion de cañones, anunciaban desde bien lejos que se aproximaba el ejército nacional. Este ruido sofocó por un momento el que producían las voces de cincuenta mil personas entre hombres, mujeres y niños que ocupaban el Campo de Marte y las alturas inmediatas. En el momento en que Bailly desembocaba en el glácis, los hombres del pueblo que dominaban desde donde estaban colocados al corredor y á toda la fuerza que le acompañaba, prorumpieron en gritos desesperados y en amenazadores ademanes contra la guardia nacional. «¡Abajo la bandera encarnada! ¡Oprobio á Bailly! ¡Muera Lafayette!» El pueblo que estaba dentro del Campo de Marte respondió unánimemente á estos gritos con otros semejantes. A las voces siguió una lluvia de terronazos, de los que algunos alcanzaron al caballo de Lafayette, á la bandera encarnada y al mismo Bailly. Se ha dicho tambien que se les dispararon desde lejos algunos pistoletazos, pero esto nunca ha podido probarse. El pueblo no trataba de batirse; lo único que quería era intimidar. Bailly mandó hacer las tres intimaciones legales, á las que respondió el pueblo con estrepitosos silbidos. Con la impasible dignidad de la magistratura, Bailly dió orden de dispersar al pueblo por la fuerza. Lafayette mandó al principio que los soldados disparasen al aire; pero el pueblo, envalentonado al ver que aquellas descargas no herían á nadie, se agrupó delante de la guardia nacional para insultarla, y entonces un fuego mortífero, roto á un mismo tiempo en toda la línea, mató, hirió ó derribó unos seiscientos hombres, aunque los republicanos dijeron que habian sido diez mil. Al punto entró la confusion en la multitud, y la caballería dió una carga, prepa-

rándose tambien los artilleros á hacer fuego sobre aquellas grandes masas. Si desgraciadamente se hubiese llevado á cabo esta intencion, la metralla hubiera hecho una horrorosa carnicería. No pudiendo Lafayette hacerse oír de los artilleros irritados, espoleó su caballo y fué á colocarse á la boca de uno de los cañones, salvando con este movimiento heroico á millares de víctimas.

En un instante quedó desierto el Campo de Marte, y sólo se veían en él los cadáveres de las mujeres y de los niños mezclados con los de los hombres, y algunos que otros huyendo aturdidos de la caballería. Hubo, sin embargo, unos cuantos patriotas, más intrépidos que los demas, que á pesar de aquel fuego horroroso permanecieron en los escalones por donde se subía al altar de la patria, repartién-



Los jacobinos, al salir de los clubs, entonaban canciones patrióticas.—Pág. 120.

dose para salvarlos los cuadernillos en que estaban las firmas de la peticion, como si fuesen unas hojas sagradas, ó como prendas sangrientas de la venganza futura del pueblo. Estos hombres no se retiraron hasta que estuvieron convencidos de que no se habia extraviado ninguno de aquellos cuadernos. Las columnas de la guardia nacional, y especialmente la caballería, persiguieron á los fugitivos hasta los inmediatos campos de la Escuela militar, é hicieron algunos centenares de prisioneros. Por parte de la guardia nacional no hubo ninguna desgracia; el número de las víctimas del pueblo nos es desconocido: los unos lo atenuaron por disminuir la odiosidad de una ejecucion sin lucha, los otros lo aumentaron para que fuese mayor el resentimiento del pueblo. Empezaba en esto á oscurecer, y se recogieron todos los cadáveres, que, arrojados al Sena, los llevó hácia el Océano. La opinion pública se dividió sobre la naturaleza y sobre los detalles de esta ejecucion. Los unos la tuvieron por un crimen, los otros por un deber severo, aunque triste; pero el nombre que dió el pueblo á los sucesos de este dia, y bajo el cual son conocidos todavía, fué el de *la matanza del Campo de Marte*.

XV

La guardia nacional, reunida de nuevo por Mr. de Lafayette, volvió á Paris triunfante, aunque triste. Descubríase en su actitud que marchaba entre la gloria y la vergüenza, mal segura de lo mismo que habia hecho. En medio de algunas aclamaciones con que se la vitoreaba al pasar, oíanse tambien fuertes imprecaciones á media voz. Las palabras de asesinato y venganza eran más que las de civismo y adhesion á la ley. Triste y silenciosa desfiló la guardia nacional por delante del edificio en que estaba reunida aquella Asamblea que acababa de defender, y más triste y silenciosa aún por debajo de las ventanas de la monarquía, cuya causa acababa de sostener más bien que la del monarca. Bailly, frío é impasible como la ley, y Lafayette, resuelto como un sistema, no habian sabido darle otro impulso que el de sus rigurosos deberes. Terminada su faccion, volvió á arrollar la bandera encarnada, manchada ya en sangre, y se dispersó, batallon por batallon, por las sombrías calles de Paris, más bien como una gendarmería que viene de asistir á la ejecucion de un reo, que como un ejército que vuelve de obtener una victoria.

Tal fué esta jornada del Campo de Marte, que dejó respirar tres meses á la Asamblea, de los que no supo aprovecharse; que intimidó por algunos dias á los clubs, pero que no volvió ni á la monarquía ni al orden público la sangre que habia costado. Lafayette tuvo en sus manos en este dia la monarquía y la república, pero no supo apoderarse de una ni otra, ó tal vez no quiso más que restablecer la tranquilidad.

XVI

Bailly fué al dia siguiente á la Asamblea á dar cuenta del triunfo obtenido por la ley. Manifestó el dolor que se habia apoderado de su alma al verse obligado á obrar con la severa energía que le prescribia su deber. «La sublevacion se habia efectuado,—dijo,—y era preciso usar de la fuerza. El merecido castigo ha caido sobre los criminales.» El presidente aprobó en nombre de la Asamblea el comportamiento del corregidor, y Barnave dió las gracias á la guardia nacional en términos muy frios y con bastante timidez. Sus alabanzas parecian casi unas excusas, y el entusiasmo de los vencedores empezaba á disminuir. Petion lo conoció, y se levantó para hablar sobre un proyecto de decreto que acababa de proponer contra los promovedores de asonadas. Estas palabras en boca de Petion, que se sabía era amigo de Brissot y de los demas conspiradores, fueron recibidas al principio con sarcasmo por los miembros del lado derecho, y aplaudidas por los del lado izquierdo y las tribunas. Barnave los reconcilió. La victoria del Campo de Marte empezaba ya á ser objeto de contestaciones en la misma Asamblea. Los clubs volvieron á abrirse aquella noche, y Robespierre, Brissot, Danton, Camilo Desmoulins y Marat, que habian estado ocultos algunos dias, volvieron á aparecer más audaces que ántes. La indecision de sus enemigos les tranquilizó completamente. Atacando las facciones todos los dias á una ley que se contentaba con defenderse, no podian ménos de lograr que aquélla se cansase muy pronto. De acusados se convirtieron én acusadores, y sus hojas volantes, que habian dejado de publicarse unos dias, aparecian de nuevo, llenas de todo el veneno que el miedo habia infiltrado en el cora-

zon de sus autores. Estos cubrieron de execracion los nombres de Bailly y de Lafayette y sembraron la venganza en el ánimo del pueblo, poniendo sin cesar ante sus ojos los sangrientos sucesos del Campo de Marte. La bandera encarnada se convirtió en símbolo del gobierno y en mortaja de la libertad. Los conspiradores se dieron á sí mismos el nombre de víctimas, y alarmaron el espíritu público con fingidos relatos de las más odiosas persecuciones.

XVII

«Ved — escribia Desmoulins — á esos satélites de Lafayette que salen furiosos de sus cuarteles, ó por mejor decir, de las tabernas, y que cargan con bala delante del pueblo. Los batallones de la aristocracia se animan con esto á la carnicería, y sobre todo, en los ojos de la caballería se distingue la sed de sangre á que le incita la doble embriaguez del vino y de la venganza. Ese ejército de verdugos se encarniza particularmente en las mujeres y los niños, y el altar de la patria está cubierto de cadáveres. Lafayette empapa sus manos en la sangre de los ciudadanos; ¡esas manos odiosas y viles, que siempre que las mire me parecerá que las veo destilar gota á gota esa inmensa cantidad de sangre inocente que bárbaramente han derramado, en el mismo sitio en que se habian levantado al cielo jurando defenderla!... Desde aquel fatal momento, los mejores ciudadanos se hallan proscriptos ó se les prende en sus mismos lechos, apoderándose de todos sus papeles y haciendo pedazos sus prensas, en tanto que se confeccionan cada dia nuevas listas de proscripcion. Los moderados fijan y firman estas listas. Es preciso — dicen — purgar la sociedad de los Brissot, de los Garra, de los Petion, de los Bonneville, de los Freron, de los Danton y de los Desmoulins. ¡Danton y yo no hemos podido salvarnos de ser asesinados sino con la fuga! ¡A los patriotas se les llama facciosos!» «¡Se encuentran hombres — añadia Freron — que justifican aquellos cobardes asesinatos, aquellas delaciones y aquellas confiscaciones de las prensas! ¡Esa funesta bandera de color de sangre ha estado ocho dias colocada en los balcones de la casa de la ciudad, cual lo estaban en otro tiempo en el templo metropolitano los estandartes recogidos en el campo en medio de los cadáveres de los enemigos!... Han llegado hasta apoderarse de las prensas del impresor de Marat, — dice en otra parte. — El nombre del autor debia ser suficiente para que no se tocase á aquellas prensas. La imprenta es un objeto tan sagrado como la cuna de un recién nacido, respetada antiguamente en todos los embargos judiciales. Reina en la ciudad el silencio de los sepulcros, los sitios públicos se hallan desiertos, y en los teatros no se oyen sino los serviles aplausos dados al realismo, que triunfa allí lo mismo que ha triunfado en las calles. ¡Qué impacientes estábais vos, señor Bailly, y vos, traidor Lafayette, por hacer uso de esa terrible arma de la ley marcial! No, nada podrá lavar en adelante las manchas de la sangre de vuestros hermanos que tiñe vuestras fajas y vuestros uniformes; sangre inocente que caerá gota á gota sobre vuestros corazones, y que cual veneno lento devorará hasta el último de vosotros.»

En tanto que la prensa revolucionaria introducía en las almas el veneno del resentimiento, tranquilizados los clubs por la apatía de la Asamblea y por la escrupulosa legalidad de Lafayette, sufrían de rechazo, aunque débilmente, las con-